



*Diciembre
en el
fin del mundo*

YAMILA BIANQUERI

Diciembre
en el
fin del mundo
Yamila Bianquero

Título: Diciembre en el fin del mundo

© 2017, Yamila Bianqueri

Corrección: Emma Sheridan

Todos los derechos reservados. No ésta permitida la reproducción total, ni parcial de este libros; ni la recopilación en un sistema informático; ni en otro sistema mecánico, fotocopias (u otros medios) sin la autorización previa del propietario de los derechos de autor.

Comenzaba la segunda quincena del mes de noviembre, cuando Morena y Ainara mantuvieron una conversación en la cual se proponían sacar a Saiana del pozo donde se ocultaba. No aguantaban ver cómo su amiga, la mujer que algún día había brillado, hoy era un fantasma, una sombra. En cambio, ella no quería saber nada de nadie, por una vez en su vida quería estar sola, esconderse y perderse en sus recuerdos de la mano de una botella de vodka. Lograr que no la molestaran era su principal objetivo. Según su forma de ver las cosas, había perdido todo, no le quedaba nada. La traición de su reciente exmarido la tenía devastada. Le habría entregado hasta su último aliento a cambio de que no llevara adelante esa estafa y sobre todo para que no la involucrara. Lamentablemente, ella no estaba al tanto de nada, por lo menos no lo estuvo hasta ese fatídico día. Su palabra ya no tenía más valor, su orgullo estaba dañado y su trabajo se había desvanecido. El castillo de ensueño que creía poseer se había venido abajo, al igual que las casitas de naipes al soplarlas.

Era consciente de que sus amigas querían ayudarla, pero el tema era que ella no quería recibir ese empujón. Definitivamente estaba convencida de que vivía mejor encerrada entre las paredes en las que algún día fue feliz.

Una de esas noches en las que se sintió extremadamente acorralada por los malos recuerdos, se dispuso a salir a caminar. No se fijó que era de madrugada, ni con qué se vistió; solo procuró cubrir su cuerpo, aún le quedaba un poco de pudor. Anduvo abstraída en su propio mundo vagando sin destino, como si eso borrara todo lo que había sucedido. Lamentablemente no fue así, esa noche no solo se arriesgó a todo tipo de peligros sino que también puso en riesgo a los demás al cruzar una avenida con el semáforo en verde. Estaba tan borracha que no sintió nada, ni los gritos de la poca gente que andaba por las calles, ni las bocinas de los autos, y mucho menos, el golpe que recibió su cuerpo al ser embestido por una camioneta.

La ambulancia llegó al lugar e inmediatamente atendieron a la mujer que yacía inconsciente sobre el asfalto. Le colocaron un cuello ortopédico y la cargaron en una camilla para poder trasladarla al hospital más cercano. Al salir de su casa solo con lo puesto, Saiana no llevaba encima el teléfono celular, ni dinero, no había forma de que supieran quién era hasta que despertara y eso recién sucedió veinticuatro horas después del accidente.

Cuando abrió los ojos no entendía nada, se encontraba absolutamente

desorientada y le dolían hasta las uñas de los pies. Amenazada por las náuseas y el mareo que la atacaba trato de observar con atención todo lo que la rodeaba. Al descubrir que se hallaba en la habitación de un hospital quiso incorporarse, pero el fuerte dolor que martillaba su cráneo se lo impidió. Buscó tanteando con dificultad sobre la cama, hasta que dio con el botón para llamar a las enfermeras y lo presionó. Unos segundos después la habitación se llenó de gente. La revisaron, le hicieron una serie de pruebas y preguntas a las que pudo responder con bastante dificultad, y la dejaron descansar. A los pocos segundos cayó rendida, preguntándose por qué se encontraba en ese lugar.

Las enfermeras hicieron las anotaciones pertinentes en la historia clínica, que recientemente habían abierto para la paciente, y entre ellas comentaban sobre el estado en el cual ella había ingresado. No entendían cómo una mujer tan hermosa se dañaba a sí misma de esa forma.

Unas horas más tarde se detenían frente al mostrador de la recepción, un oficial de la policía, acompañado de dos mujeres absolutamente descontroladas a causa de los nervios. Estas le exigieron a la recepcionista, prácticamente a los gritos, que les informara dónde se encontraba la paciente Saiana López; alegando que ellas eran las únicas familiares que ella poseía. Esto le fue comunicado al médico que la estaba atendiendo y él se encargó de darle el parte a las mujeres que estaban creando un surco en el piso de la sala de espera.

Morena y Ainara escucharon atentamente las palabras que recitaba el doctor. Sus caras estaban tintadas por la angustia y el miedo que las inundaba. Jamás se esperaron que el pronóstico fuese tan malo. Su amiga no estaba nada bien. El impacto había dejado una secuela muy importante; Saiana tenía una conmoción cerebral. El médico les explicó que unas horas antes, cuando la paciente despertó, presentaba todos los síntomas y que la confirmación la habían obtenido al realizarle una tomografía computada. Lo favorable de esa situación era que por el momento, se descartaban daños mayores y por eso no era necesario realizar un drenaje cerebral. El hombre les pidió que se tranquilizaran y que confiaran en que su amiga se pondría bien, no sin antes advertirles que había probabilidades de que la paciente, por el momento, no volvería a ser la misma.

Efectivamente la advertencia que el médico les había hecho ese día, no había sido en vano. A Saiana le llevó semanas recuperarse físicamente. Poco

a poco, se fueron desvaneciendo los cardenales del rostro, del torso y de los brazos. La incapacidad para despertar fue desapareciendo y el entumecimiento de sus extremidades se fue esfumando. El habla fue lo que más le costó mejorar, pero lo que más les agobiaba a las tres era el estrés postraumático que persistía en el tiempo. Saiana pasaba de la tristeza a los ataques de ira en un abrir y cerrar de ojos. Así como de repente llegaba el sentimiento de soledad, este se iba y la inundaba la culpa; si bien ella no sabía el porqué de ese sentimiento, este estaba ahí.

El día del alta, al salir de la clínica, los recuerdos del accidente la golpearon con vigor. Sus piernas se tambalearon y estuvo a punto de caer, pero ahí estaban sus amigas para sostenerla y sacarla a flote.

Al entrar a su departamento, nuevamente la sensación de soledad la golpeó, seguía sin saber el porqué de la existencia de ese sentimiento y eso la perturbaba. A causa del estrés postraumático, Saiana tenía una pérdida de memoria a corto plazo y sus amigas, por recomendación del doctor, no debían apresurarla ni animarla a recuperar sus vivencias. Por eso le habían preparado una sorpresa, la cual estaban a punto de darle.

—Sai, tenemos algo para decirte —comentó Ainara, nerviosa. La verdad era que no sabían cómo se iba a tomar todo eso.

—Sí ¿qué es lo que tienen que decir? —respondió indagando mientras tomaba asiento en el sofá de la sala de estar. Todo debía hacerlo con cuidado, ya que los movimientos exabruptos le provocaban ataques de vértigo.

—Ambas creemos que lo mejor es alejarte de la ciudad por unas semanas. Por eso, hace unos días, con autorización de tu médico, compramos tres pasajes aéreos con destino a Tierra del Fuego. ¡Mañana mismo partimos hacia Ushuaia o mejor dicho a la ciudad conocida mundialmente como la más austral del mundo o como el fin del mundo! —expuso Morena encogiéndose de hombros bajo la atenta mirada de su amiga. Saiana no podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Ustedes se volvieron locas? ¿Cómo se les ocurre planear un viaje cuando yo estoy en estas condiciones tan deplorables? —sentenció con tono firme pero calmado.

Las otras dos se miraron entre ellas y después clavaron sus ojos en la mujer que las miraba incrédula.

—No estamos locas, querida amiga. Buscamos una forma de que te relajes y ese lugar es el sitio ideal. Ya te voy advirtiendo que no aceptamos un no como respuesta —afirmó, poniéndose de pie y extendiendo los brazos

hacia las demás. Ellas se levantaron, se acercaron y aceptaron encantadas el abrazo grupal que se llevaba a cabo. Saiana seguía indecisa pero muy en el interior de su corazón sabía que sería lo mejor. No era capaz de despreciar todo lo que le daban, estaba más que segura de que sus pilares la cuidarían y la ayudarían a salir adelante.

Abrazadas caminaron hacia la habitación en la cual, entre charlas, risas y alguna que otra anécdota, comenzaron y finalizaron de armar las valijas para el tan inesperado viaje que harían.

El veinte de diciembre, las tres mujeres llegaron a Ushuaia, aquella ciudad que se ubicaba en las costas del *canal Beagle* rodeada por la cadena montañosa del *Martial*, en la *Bahía de Ushuaia*. Ese lugar contaba con un clima húmedo, aunque era tal la persistencia del frío que en pleno verano austral estaba nevando y la temperatura no superaba los cero grados.

El hotel donde se hospedaron era perfecto para la ocasión; no había ni muchos, ni pocos huéspedes. Estaba en una zona accesible para los turistas y no necesitarían manejarse en transporte público en el caso que quisieran salir. Ya instaladas en su habitación se dedicaron a descansar para luego, ducharse y bajar al restaurante a cenar.

Saiana seguía sufriendo las consecuencias de su inmadurez para sobrellevar los problemas. El viaje había sido una completa y absoluta tortura, al menos para ella; los ataques parecían nunca desaparecer y encontrarse en un espacio desconocido no estaba ayudando mucho. Se propuso madurar y aprender a comportarse. Se dijo que debía hacerle frente a su tortura personal y vivir. El universo le había proporcionado otra oportunidad y no la desperdiciaría.

Quizás gracias a esas palabras de aliento que se dio, fue que al otro día se animó a salir a la calle. Las tres se abrigaron bien y muy alegres salieron a recorrer aquella ciudad tan conocida como el fin del mundo. Caminaron por las calles admirando cada detalle. Entraron a los museos que más llamaron su atención. Almorzaron en un pequeño restaurante que se encontraba sobre la costa y se quedaron satisfechas al probar platos típicos del lugar.

Unos días después de su llegada, Saiana volvió a perderse, como en cada amanecer, mirando el imponente *Glaciar Martial*. Este estaba rodeado de densas nubes y nevado en la cima, era algo mágico, maravilloso de ver. Cuando se sintió en paz con su alma, giró para mirar a sus amigas. Ellas estaban completamente dormidas, despertarlas le daba lástima por eso, con

mucho cuidado, tomó la ropa que había dejado acomodada la noche anterior y se metió en el baño para prepararse. Una vez lista, tomó el abrigo y salió en calma de la habitación. Antes de salir al exterior del hotel, le preguntó a la recepcionista dónde podía hacer algunas compras, esa noche se festejaba la tan esperada Navidad y papá Noel había despertado con ganas de fundir la tarjeta de crédito. Siguió las indicaciones que la joven le había dado y sin ningún problema dio con los negocios que buscaba. Sin darse cuenta, se le pasó la mañana volando, cuando miró el reloj ya eran más de las dos de la tarde. Abonó el café que se acaba de tomar, cargó todas las bolsas que tenía y salió sin mirar por dónde iba. No había hecho ni cinco pasos cuando impactó contra el cuerpo de alguien que iba en dirección contraria a la de ella. De golpe, uno de sus ataques de vértigo la asaltó y tuvo que largar todo lo que llevaba en sus manos y sostenerse de aquella persona que tan bien olía. Apretó sin cuidado los bíceps del hombre que la observaba atónito. Saiana no quería abrir los ojos, el cuerpo le temblaba y la sangre corría furiosa por sus venas. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan apabullada o al menos eso era lo que ella creía. Sabía que el no recordar su pasado más reciente, en algún momento iba a pasarle factura, pero eso en ese instante no le importaba. Por primera vez desde su accidente se permitió abrir el candado de sus sentimientos y gozar de aquellas sensaciones que tan bien la hacían sentir.

—Señorita, ¿terminó con su inspección? —indagó Mateo con diversión, sin siquiera pestañear. Las facciones tan delicadas de la morocha lo habían dejado fuera de juego por algunos minutos. Por eso consintió que lo olfateara y permitió que acariciara sus bíceps con descaro.

Saiana volvió a la realidad cuando sintió cómo el desconocido le hablaba al oído y su respiración le acariciaba el lóbulo de la oreja, haciendo que su piel se pusiera de gallina. Abrió los ojos con lentitud y lo miró. Clavó sus iris en los de él y se dejó ir. Frente a ella tenía a la criatura más hermosa que había visto jamás. Sabía que estaba comportándose como una desquiciada y no le importaba. El rubio la sujetaba de la cintura y el calor de esas manos traspasaba las prendas que llevaba puestas. Respiró hondo y tragó saliva con fuerza, preparándose para hablar y disculparse, como si hiciera falta, ya que el desconocido no parecía descontento con su rara actitud.

—Lo siento mucho. Venía caminando distraída y no me fijé por dónde iba —relató excusándose, sin contestar la pregunta que él había hecho. Parpadeó varias veces y salió del embrujo en el que se encontraba. Retiró las

manos de sus brazos y se movió incitándolo a que también la dejara ir. Bajo la atenta mirada de aquel hombre, se agachó con calma y recogió todas las bolsas para poder marcharse. De repente se sentía avergonzada y culpable, ese maldito sentimiento estaba eligiendo ese momento para hacer acto de presencia. Afligida, inclinó la cabeza y pasó por su lado; él se quedó estático sintiendo cómo el fuego abrasador que ese toque había encendido, se desvanecía. Sintiéndose aún demasiado atontado como para reaccionar, la dejó marchar sin siquiera ser capaz de averiguar su nombre.

La mujer volvió apresurada al hotel, completamente azorada. Entró a la habitación y al cerrar la puerta se deslizó hasta quedar sentada en el piso. Cerró los ojos con suavidad y rememoró lo antes sucedido, preguntándose internamente qué la había empujado a reaccionar de esa forma frente a ese hombre. Sus amigas, que no hacía mucho se habían despertado, la miraban intrigadas. Se la veía en paz, sonriendo con tanta calidez, que no se animaban a sacarla de su ensoñación. Al sentirse observada abrió los ojos y las encontró con la vista puesta en su persona. Se levantó con calma y sonrió al mismo tiempo que les mostraba las bolsas que traía. Sabía que era la única manera de despistarlas.

—¡Buenas tardes, dormilonas! Me fui de compras, hoy llega papá Noel —expresó con alegría. Por alguna extraña razón que desconocía desde que el rubio la había tocado, sentía que algo dentro suyo se había puesto en marcha. Fue como si él hubiera accionado algún interruptor o algo por el estilo.

—¿Saliste sola de compras? —interrogó Ainara con cara de sorpresa. Vaya, eso es todo un logro, pensó.

—Pellízcame urgente, esto es algo de no creer. Definitivamente el aire del fin del mundo le está haciendo bien —declaró Morena mirando a Ainara, como si Saiana no estuviera ahí presente. La principal implicada comenzó a reírse mientras se acercaba y le entregaba las bolsas besando sus mejillas. Se metió al baño dejando a las otras dos absolutamente mudas, de pie, en el medio del cuarto.

Esa noche, después haberse preparado con aplomo, las tres amigas bajaron al salón del hotel donde sería la cena. Vestidas de estreno de pies a cabeza, se robaron, al ingresar, todas y cada una de las miradas masculinas. No podían estar más hermosas, elegantes. Saiana llevaba puesto un vestido *halter* de raso, entallado al cuerpo, de color amarillo y su cabellera recogida en un rodete a la altura de la nuca. Morena, la más descarada, portaba una prenda corte *bodycon* de color rojo pasión que terminaba en el medio de los

muslos, acompañada de unos *stiletos* negros que le daban una altura infartante. En cambio, Ainara, la más discreta; vestía un sencillo mono oxford de espalda descubierta y el cabello suelto acomodado hacia un lado. Sin duda las compras de esa mañana habían sido las más acertadas.

Después de degustar con paciencia los platos que les sirvieron, se quedaron tranquilas sentadas en su mesa, charlando animadamente, frente a la grata compañía de una *frapera* en la cual descasaba un *champagne* rosado. A las cero horas brindaron y saludaron a cada persona que se les acercó a desearles una feliz Navidad o respondiendo un simple “igualmente” para aquellos que se les adelantaban. Para cuando comenzó la joda, Morena y Ainara estaban completamente borrachas; en cambio, la otra solo había bebido dos copas. Al ingresar a la sala donde se daría el baile, Saiana observó todo con atención y se llevó una gran sorpresa al encontrar al rubio de esa mañana al otro lado de la habitación, mirándola fijamente.

¿Lo que leo en sus ojos acaso es deseo? Se preguntó desconcertada.

En ese momento le agradeció a Dios que sus amigas estuvieran en su mundo y a la vez, le rogó que ese hombre no se le acercara, porque si con solo mirarlo se ponía cardíaca, no quería ni imaginarse cómo se sentiría si cayera nuevamente entre sus brazos. Desvió la mirada y buscó un rincón alejado para posarse; en lo posible uno donde la mirada de Mateo no la incendiara interiormente. Sus amigas la dejaron tirada, después de que ella reclinara la oferta de ponerse a bailar, por eso respiró profundo y se alejó caminando hasta que dio con una puerta que daba al exterior. Al salir a la pequeña terraza se encontró con que esta estaba levemente iluminada, gracias a las luces que colgaban de una estructura de hierro. Se acercó al borde de la cornisa y con la suave música de fondo se abstrajo del mundo, observando la ciudad a sus pies.

—¿Será que nuevamente te estás escapando de mí? —indagó Mateo, clavando sus iris celestes en la nuca de Saiana mientras caminaba despacio, acercándose. Ella, que no lo había escuchado llegar, se sobresaltó al escuchar su voz. No sabía qué hacer, no tenía escapatoria y asumió que tarde o temprano iba a tener que enfrentarlo y enfrentarse a ella misma. Al sentir las firmes manos del hombre posarse en su cintura, se le erizó la piel y el estómago le cosquilleó al percibir su respiración pausada contra la oreja. Se dejó vencer ante las sensaciones y dejándose llevar por lo que crecía dentro suyo, descansó su cabeza en el pecho de él, completamente relajada. Los miedos la abandonaron y la plenitud de sentirse viva la abordó. Se quedaron

en silencio mirando hacia la nada, preguntándose por qué no habían podido dejar de pensar, en todo el día, uno en el otro. Ambos sin verse el rostro sonreían a la par, queriendo saber qué les depararía el destino, consultándole interiormente a las estrellas si la casualidad de conocerse les traería algo bueno, fructífero y duradero.

Esa noche, Saiana dejó los temores a un lado y le contó a Mateo el porqué de su visita a Ushuaia. Le relató con calma lo que se acordaba del accidente y cómo fue su recuperación. Se animó y lo puso al tanto de sus ataques a causa del estrés postraumático. Para ella no había nada más valioso que la confianza que se deposita en el otro y la verdad que se espera a cambio. Por eso, siendo fiel a sus valores, le narró con sinceridad como había sido su vida, dejando para algún día los baches donde aún había lagunas mentales.

Sin embargo, Mateo era más parco con las palabras. No podía negar que esa mujer lo atraía como si él fuera metal y ella un imán. Quería tenerla, fundirse en su piel y abrazarla mientras se deleitaba con su suave voz, por el resto de su vida. Sus sentimientos en ese momento eran como el mar durante un tsunami, arrasaban con todo dentro de su ser y estaba dispuesto a dejarse llevar por la marea y ver donde atracaba. Se había asustado cuando ella le dijo dónde era su lugar de residencia pero eso se calmó al escucharla confesar que nada la ataba a su ciudad; saberlo le dio esperanza y determinación. No la dejaría irse sin antes darse el placer de conocerla e intentar que se quedara a su lado. Quería a Saiana en su vida y eso nada ni nadie lo iba a impedir.

El amanecer los atrapó acurrucados en un sillón, charlando animadamente, y con él llegó la hora de la despedida. Acordaron que por la tarde él la pasaría a buscar para llevarla a conocer los recovecos de esa ciudad que obraba magia en la vida de las personas que decidían visitarla.

Y así fueron pasando los días. Cada tarde se encontraban en el *hall* del hotel, paseaban por diferentes lugares y se iban conociendo, se volvían cada vez más estrechos el uno con el otro y la atracción crecía como las llamas de un gran incendio. El comienzo de un nuevo año estaba a la vuelta de la esquina, y el regreso de Saiana a Buenos Aires también; sus amigas debían regresar para retomar sus actividades. Esto a Mateo no le agradaba ni un poco, no sabía cómo pedirle que le diera más tiempo, que se quedara junto a él. Tenía una necesidad imperiosa por retenerla, la sentía tan suya que le era imposible imaginarse cómo sobrellevar su partida. En unas pocas semanas

ella se había convertido en su todo y no estaba dispuesto a perderla. Por eso, después de estudiar detenidamente sus opciones, optó por una y estaba preparado para llevarla a cabo.

El último día del año pilló a las tres amigas preparándose para irse de compras. Esa noche, al igual que en Navidad, cenarían en el hotel y asistirían a la fiesta de blanco que se daría para festejar el Año Nuevo.

Saiana seguía sin encontrar el momento oportuno para contarle a sus amigas lo que había estado haciendo cada tarde y ellas, al verla tan repuesta, suponían que ese viaje, alejadas de todo, le estaba haciendo muy bien. No se les pasaba por la cabeza otra opción, como por ejemplo que las mejorías de ella eran por un apuesto rubio que estaba poniendo su mundo patas para arriba. La morena tenía serias dudas sobre su marcha y ya no sabía si quería recuperar la memoria, tenía la sensación de que esa parte de su vida no había sido buena, por eso su mente la bloqueaba.

A media mañana salieron del hotel riendo a causa de una de las tantas monerías de Morena. Resultó ser, que la más osada del grupo, se estaba enredando con un millonario que estaba de paso por allí y en el ascensor, no tuvo mejor idea que describir con demostraciones algunas cositas que le había hecho la noche anterior.

Saiana, aprovechando el buen humor que reinaba en el ambiente, invitó a las chicas a almorzar en un pequeño restaurante por el que pasaban. Estaba preparada para hablarles de Mateo, quería arrancar una temporada sin cargas que arrastrar y estar ocultándole eso a sus amigas la estaba torturando. Tomaron asiento junto a uno de los ventanales que daba hacia el puerto, y se entretuvieron mirando la carta. Después de hacer sus pedidos, Saiana supo que había llegado la hora.

—Chicas, tengo algo que contarles —anunció nerviosa retorciendo sus manos por debajo del mantel.

—Habla —propusieron las otras dos a la par.

—¿Se acuerdan que para Navidad, por la mañana, salí a hacer compras? —preguntó inquieta. Ellas asintieron con la cabeza mirándola atentamente —, al salir de un local choqué contra un hombre. Él me sostuvo durante unos segundos hasta que me estabilicé y yo creí que iba a desmayarme, creo que jamás me había sentido tan desconcertada en mi vida. Prácticamente hui cuando me di cuenta de cómo estaba reaccionando. Esa misma noche después de la cena, cuando ustedes estaban más borrachas que *Homero Simpson* en una fábrica de *Duff*, volvimos a coincidir en uno de los balcones del hotel.

Hablamos durante toda la noche y después de eso, hasta ayer, nos vimos todas las tardes mientras ustedes se iban de excursión en excursión. Cada salida que hice en estos días fue en su compañía y la verdad, si les soy sincera, me hace muy feliz pasar mi tiempo con él. Estoy pensando muy seriamente en quedarme en esta ciudad y comprobar hasta dónde puede llegar esto —relató con alivio. Haberse sacado ese peso de encima era una alegría.

Ainara y Morena se quedaron en silencio procesando lo que su amiga les había contado. Después de ese pequeño discurso sabían que debían hablar, contarle cómo había conocido al canalla de su exmarido y que, en ese momento, sin decirle nada a nadie, se había casado con él después de dos meses de noviazgo. El miserable tenía un fin con ese matrimonio: usarla para estafar a una de las empresas más importantes de Buenos Aires y lo consiguió, logrando con eso que ella prácticamente quedara en la calle. Ese había sido el último año de su vida, aquel del cual no recordaba nada. No podían permitir que volviera a cometer una locura de ese calibre, ya que la anterior tuvo consecuencias deplorables.

—Saiana ¿el accidente afectó la parte cuerda de tu cerebro? —consultó enojada Morena.

—More, no preguntes estupideces —refutó Ainara —, Sai, es necesario que antes de tomar una decisión, sepas qué pasó durante el último año de tu vida —acotó ella con firmeza bajo la alerta mirada de las otras.

—No, Aina, no quiero saber qué me sucedió. Llegué a la conclusión de que si mi mente me oculta eso, es por algún motivo. Tiene que ser algo muy malo, por eso no lo recuerdo, y en este momento de mi vida me siento feliz, quiero reír, saltar y saberlo me hará mal, derrumbará lo que construí estas semanas. No sé si algún día me sentí tan plena como ahora y no quiero saberlo. Por favor, dejemos ese tema acá, lo que pasó ya fue —expuso con tristeza y sinceridad.

Respetando su pedido, hicieron silencio y al poco tiempo cambiaron de tema y siguieron disfrutando de ese hermoso día soleado. Compraron sus atuendos para esa noche y volvieron al hotel, preparadas para alistarse, disfrutar y terminar el año con fastuosidad.

A la hora pactada, ya se encontraban las tres en el salón, listas para cenar. A medida que fue pasando el tiempo, Morena y Ainara comprendieron que debían aceptar la decisión de su amiga, ella ya era grande, suponían que sabía en lo que se metía. Al tener eso claro, el ambiente fue cambiando y volvieron a ser las mismas de siempre. Rieron durante toda la velada y se

contaron detalles, que en alguna charla, se les habían pasado por alto. Cuando llegó la hora de pasar al salón de baile, Saiana estaba más que ansiosa, los nervios le recorrían el cuerpo y la excitación por saber qué diría él, ante su noticia, la tenían mal. Se puso de pie y arrastrando a sus amigas se dirigió, con el corazón en la mano, hasta quien posiblemente, sería su futuro.

Entraron y al instante lo vio, esperándola, apoyado sobre una columna. Saiana dejó atrás a sus compañeras y caminó con rapidez hacia él. Al llegar y pararse con seguridad, Mateo le guiñó un ojo, ella armándose de valor lo agarró de las solapas de su traje y lo atrajo comiéndole la boca de un beso. Él, en un principio, a causa de la sorpresa, no le respondió. Cuando reaccionó, la tomó de la cintura con posesión y le devoró los labios con fervor. La mujer se relajó entre sus brazos disfrutando, una vez más, de las sensaciones que él le provocaba.

Un sonido estruendoso los sacó de su ensoñación, el conteo para comenzar el Año Nuevo había empezado. Se miraron a los ojos y se sumaron a la multitud que los alentaba a contar. Cuando dieron las cero horas se fundieron en un abrazo lleno de amor, se miraron con las promesas bailando en sus pupilas y al verse rodeados de gente, no hicieron falta las palabras para entender que ambos querían salir corriendo de ahí y así lo hicieron. Se tomaron de la mano y huyeron hacia aquel lugar donde, hacía tan solo unas semanas, las horas los habían engullido en medio de confesiones, risas y mimos.

Al igual que la primera y única vez que estuvieron ahí, se acomodaron en el sillón, abrazados, solo que en esa ocasión pudieron observar, en lo alto del cielo, el show de fuegos artificiales. Mateo respiró hondo llenando sus pulmones con el delicado aroma que desprendía Saiana.

—Sai, hay algo que quiero decirte —confesó nervioso.

—¿En serio? Yo también tengo algo para contarte —acotó ella girándose para verlo.

—Bueno, las damas primero —dijo alentándola a que hablara. Saiana lo miró y sin correr la vista, acarició el rostro del hombre con calma. Dudaba de su reacción, porque a pesar de que ella estaba segura de lo que quería, no sabía si él estaba dispuesto a aceptarla.

—Mateo, voy a quedarme en Ushuaia —expuso con diligencia. El aludido no podía creer lo que estaba escuchando. El corazón le galopaba sin descanso dentro del pecho, su morocha se quedaría junto a él.

—¿No me estás jodiendo, no? —expresó con asombro. Ella negó con la

cabeza y él la abrazó con fuerza. Se sentía demasiado increíble, parecía algo de mentira. Hasta en eso estaban de acuerdo y si eso no era una señal, que lo partiera un rayo.

—¿Qué ibas a decirme? —susurró acurrucada contra su pecho.

—Que estoy perdidamente enamorado de vos, no soportaba la idea de verte marchar, por eso iba a pedirte que te quedaras. Saiana, te convertiste en mi todo, sos la que me alienta a levantarme cada día. No quiero pasar un solo segundo lejos tuyo. Deseo hacerte feliz por lo que resta de vida. ¿Me vas a dejar cumplirlo?

—Yo también me enamoré de vos, no puedo imaginarme un futuro si no es a tu lado. No hay nada que quiera más, regalame felicidad eterna, Mateo —aseguró emocionada.

Y así fue. Día a día, la vida de Saiana y Mateo se volvió más maravillosa. Aquel diciembre en el fin del mundo se convirtió en un para siempre en aquella ciudad que los vio ser felices cada minuto de sus vidas.

Fin.

Agradecimientos

Este relato lo escribí para la antología navideña “Historias con corazón” del grupo de escritoras Romántica, novelas con corazón. Por lo tanto quiero darles las gracias a ellas en primer lugar por permitirme ser parte de esa maravillosa experiencia.

Obviamente mi eterno agradecimiento, sobre todo, es para los personajes que le dan forma a esta historia. Ellos son quienes dirigen la batuta todo el tiempo. Mis infaltables compañeros.

A mis hijos, Tobias y Benicio, y a mi marido, Alexis, que siempre están a mi lado alentándome a seguir cumpliendo mis metas. Jamás duden de cuanto los amo, ustedes son mi mayor bendición.

A la mejor correctora del mundo, Emma Sheridan. Mi loca, sos una genia. Ella es quien se aguanta todas mis inseguridades a la hora de publicar.

No puedo dejar de agradecerles a Cecilia Pérez y Divinas Lectoras, a Laura Giuglietti de Bitácora de mis pasiones, a Laura Barrios de Mi Juanita, a Vitoria Aihar, Mimi Romanz, Maria Laura Gambero, Estela Escudero, Marta D’Arguello (organizadoras del Septiembre Romántico y Rioplatense) a Vane Spinelli, Laura Kaestner, Marcela Chiquilito y Natalia Libros, por el apoyo, el aliento y la predisposición que siempre tienen para mí, sin incondicionales. ¡Las quiero!

A vos, que estás ahí leyendo estas palabras, te digo una y mil veces gracias. Mi voz no se escucharía tan alto sin tu apoyo.

Nos seguiremos encontrando, mi camino no termina acá.

Hasta la próxima aventura.

Los quiero infinitamente,

Yamila.

Biografía

Yamila Bianqueri nació en la ciudad de Mar del Plata en el año 1990 y creció en Comandante Nicanor Otamendi, un pueblo del Partido de General Alvarado, provincia de Buenos Aires. Trabaja de encargada en un edificio y disfruta de sus hijos el resto del día; estudia y baila folclore. Una lectora compulsiva que escribe en sus ratos libres, cuando los tiene, y de vez en cuando se obsesiona con alguna serie televisiva. Quienes la conocen la pintan como una mujer inquieta, apasionada, y hasta en algunos casos divertida. Ella asegura que no es un ser sociable pero los que realmente la perciben, saben que no es así.

Es la autora de:

“Tu mirada me atrapó” (2017, en papel por Librománticas y digital en Amazon)

"Cumpliendo un sueño" (2017, en digital por Amazon)

Así como esta historia, vendrán muchas más. Actualmente se encuentra trabajando en varios proyectos, uno de ellos, quizás el más importante, su segunda novela “Desata mis cadenas”

Si querés saber más sobre ella, visita sus Redes sociales

Página de autor: [amazon.com/author/yamilabianqueri](https://www.amazon.com/author/yamilabianqueri)

Facebook personal: <https://www.facebook.com/yamila.bianqueri>

Página de "Tu mirada me atrapó"
<https://www.facebook.com/TuMiradaMeAtrapo.1/>

Goodreads: https://www.goodreads.com/author/show/16902891.Yamila_

Twitter: <https://twitter.com/YamilaBianqueri>

Instagram: <https://www.instagram.com/yamilabianqueri/?hl=es>